

tú has de hacer por mí una cosa que importa.

- SANCHO. Vamos al caso.  
 DON JUAN. ¿No es verdad que por el mío, vino á Madrid tu retrato?  
 SANCHO. Es verdad.  
 DON JUAN. ¿Y hay en la corte quien te conozca?  
 SANCHO. No hallo, con ser tordo de tu higuera quien pueda llamarme Sancho.  
 DON JUAN. Pues desde hoy te has de fingir mi amo y yo tu criado; yo tu nombre he de llamarme, y tú el mío, con que allano ser espía de mi honor en este contrario campo; fingete don Juan ahora con doña Inés, porque entrando tú en mi nombre y yo en el tuyo en su casa disfrazados, ladrón de casa, procuro averiguar este encanto.  
 SANCHO. Señor, ¿y si me conocen y me dan quinientos palos, si es que no me dén dos mil por novio de contrabando?  
 DON JUAN. Estando yo allí no hay riesgo.  
 SANCHO. Y dime, señor, ¿si acaso me cobrase doña Inés afición, y entrase el diablo y me tentase, que yo soy mortal, y fui soldado en Flandes?  
 DON JUAN. ¿Cómo es posible con ese talle, menguado?  
 SANCHO. Porque siempre las mujeres quieren lo peor.  
 DON JUAN. Pues Sancho, esto ha de ser.

- SANCHO. En efeto, ¿estás ya determinado?  
 DON JUAN. Sin remedio.  
 SANCHO. ¿No hay remedio?  
 DON JUAN. Pues ahora bien; yo me armo de punta en necio, que son las armas de los casados.  
 SANCHO. ¿Si te vendrán mis vestidos?  
 DON JUAN. Sí, seor don Juan, porque ¿cuándo á un pobre no le ha venido cualquier vestido pintado?  
 SANCHO. Desde hoy Sancho he de llamarme. Y yo don Juan de Alvarado.  
 DON JUAN. ¿Estás resuelto?  
 SANCHO. Sí estoy.  
 DON JUAN. Sancho, vamos.  
 SANCHO. Don Juan, vamos.  
 DON JUAN. ¿Sabrás fingir?  
 SANCHO. Como dama.  
 DON JUAN. ¿Si te turbas?  
 SANCHO. Soy bellaco.  
 DON JUAN. Así sabré quién me injuria.  
 SANCHO. Así estaré regalado.  
 DON JUAN. Hoy veré á mi Inés hermosa.  
 SANCHO. Yo pienso engordar á palos.  
 DON JUAN. Pero si Inés no es quien es...  
 SANCHO. Mas si caen en el engaño...  
 DON JUAN. Tomaré venganza en todos.  
 SANCHO. Muera Sancho y muera harto.  
 DON JUAN. Ea, don Juan, á vestiros.  
 SANCHO. Ea, Sancho, á desnudaros.  
 DON JUAN. Bien empezas.  
 SANCHO. Sí, señor, que soy, por ser tu criado, tu criado Pericón, que me haces de todos palos. (Vanse.)  
 Sale BEATRIZ con manto y DOÑA INÉS sin él.  
 BEATRIZ. En fin, tú me has despedido.  
 D.<sup>a</sup> INÉS. Beatriz, no repliques más.  
 BEATRIZ. Injusto pago me das



- del tiempo que te he servido.  
¿ Con tanta ira y rigor  
premiás mi antigua lealtad ?
- D.<sup>a</sup> INÉS. Antes que mi voluntad  
tiene su lugar mi honor.
- BEATRIZ. Sólo te pido que acabes,  
puesto que me has despedido,  
de decir, en qué he ofendido  
tu decoro.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Tú lo sabes.
- BEATRIZ. Mi ánima sea maldita  
y por Dios excomulgada  
por toda mi santiguada  
y por esta cruz bendita,  
señora, que yo no sé  
por qué te hayas enojado.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pues si no me he declarado,  
escucha y te lo diré.
- BEATRIZ. Dílo, pues que sin razón  
me riñes á troche moche.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pues dime, Beatriz, ¿ anoche  
á qué abriste mi balcón  
á más de las diez ?
- BEATRIZ. Repara  
que en eso no hay que culpar,  
porque puse á serenar  
el agua para la cara.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿ No hablaste al abrir ?
- BEATRIZ. No hablaba.  
(Ap. Ella ha de cogerme aquí.)
- D.<sup>a</sup> INÉS. Mientes, Beatriz, yo te oí.
- BEATRIZ. Es verdad, pero rezaba.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pues dime, ¿ por qué razón,  
cuando en la ventana estabas  
ya que rezabas, rezabas  
tan recio ?
- BEATRIZ. Es más devoción.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡ Oh, qué bien sabes tener  
la respuesta prevenida !  
Y dí, ¿ á qué estabas vestida

- antes del amanecer ?  
Y si acaso sueño fué  
y vestida te dormiste,  
¿ cómo no me respondiste  
al tiempo que te llamé ?  
¿ Cómo habiendo alborotado  
la casa, no respondías ?  
Dirásme que no me oías.  
Tengo el sueño muy pesado.  
(Ap. Yo he de escaparme, por Dios.)
- BEATRIZ. ¿ Dormías desta manera  
cuando echaste un hombre fuera  
por el balcón á las dos ?
- BEATRIZ. ¿ Yo eché un hombre fuera ?
- D.<sup>a</sup> INÉS. Si.
- Tú, Beatriz, en conclusión,  
Fuiste quien abrió el balcón.  
¿ Quién lo dice ?
- BEATRIZ. Yo lo ví.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pues si lo viste, señora,  
y estás en eso tan cierta,  
tu primo...
- D.<sup>a</sup> INÉS. No me le nombres.
- BEATRIZ. Don Lope.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Irritarme intentas.
- BEATRIZ. Anoche, á primera noche,  
hallando la puerta abierta,  
se acogió acá, porque dijo  
que llovía, en la escalera  
dijo que hablarte quería,  
y entrando con tanta priesa,  
apenas empezó á darme  
el hábito de tercera  
y apenas yo le tomaba  
para ser criada buena,  
cuando el viejo de tu padre  
por esa cuadra atraviesa ;  
yo que lo sentí, ¿ qué hago ?  
Porque á tu primo no sienta  
al banasto de un balcón



le zampuzé con presteza ;  
 cerré el balcón por de dentro,  
 y al dejarle por defuera,  
 todos sus deseos puse  
 al sereno como velas ;  
 pero como soy tan pía  
 que soy parienta de Eneas,  
 y esto de hacer bien á todos  
 lo tengo desde pequeña,  
 apenas sentí que estabas  
 sosegada, aunque despierta,  
 y apenas ví que tu padre  
 no escupió una vez siquiera  
 ni dijo esta tos es mía,  
 con ser la tos su perpetua,  
 cuando abriéndole el balcón  
 le saqué porque se fuera,  
 tan quedito, que pensó  
 que íbamos pisando yemas ;  
 pero como el buen don Lope  
 miró la casa tan quieta,  
 dió en decir erre que erre,  
 cuando yo fuera que fuera ;  
 y yéndose á tu aposento  
 ó por amor ó por tema,  
 oliendo hacia donde estabas,  
 porque es amante de muestra,  
 te alborotó, y diste en esto  
 voces tales, como buenas ;  
 él á este tiempo asustado,  
 como silbado poeta,  
 recelando que tu padre  
 ó le conozca ó le vea,  
 antes que haga de las tuyas  
 dispuso hacer de las nuestras ;  
 volvióse al señor balcón,  
 y, en efecto, por la reja  
 saltó á la calle, en la cual  
 hubo no sé qué pendencia.  
 Este, señora, es el caso

para que mejor lo sepas,  
 contado al pié de la boca,  
 ya que no al pié de la letra ;  
 y supuesto que tu padre  
 no lo sintió, no consientas  
 dar un castigo tan grande  
 á una culpa tan pequeña.  
 Así tu novio don Juan,  
 que por instantes esperas,  
 no tu marido, señora,  
 sino tu amante parezca ;  
 así le goces tu...

D.<sup>a</sup> INÉS.

Calla,

si no quieres que sangrienta,  
 antes que á don Juan pronuncies  
 te despedace la lengua.  
 ¿Yo casarme con don Juan ?  
 No lo permitan adversas  
 con violencias mi fortuna  
 ni con influjos mi estrella ;  
 antes el mar de mis ojos  
 rompa cuando airado crezca  
 el margen de las mejillas,  
 que son sus blancas riberas.  
 Y á ti, porque has irritado,  
 ó desconocida ó necia,  
 con tu ruego mi piedad,  
 mi obligación con tu queja,  
 pues con don Lope traidora,  
 pues con don Juan halagüeña,  
 más que me obligas me irritas,  
 me enojas más que me empeñas,  
 porque á don Juan me nombraste...

*Sale DON FERNANDO.*

D. FERNANDO. Inés, ¿ qué voces son estas ?  
 ¿ Qué ha sido ?

D.<sup>a</sup> INÉS.

No sé, señor.

D. FERNANDO. Beatriz, ¿ por qué estás cubierta ?

BEATRIZ. Señor, estoy despedida.

D. FERNANDO. ¿ Por qué ?



- BEATRIZ. Decirlo quisiera;  
mas aunque lo intento hacer  
no me deja la vergüenza.
- D. FERNANDO. ¿Qué es el caso?
- BEATRIZ. Mi señora,  
que ha dado en aquesta tema.
- D. FERNANDO. ¿Qué es?
- BEATRIZ. En que no ha de casarse  
con don Juan, aunque tú quieras;  
y porque la dije ahora  
sólo que te obedeciera...
- D. FERNANDO. ¿Qué hizo?
- BEATRIZ. Me despidió.
- D. FERNANDO. ¿Esa fué la causa?
- BEATRIZ. Esta.
- D. FERNANDO. Quitate el manto, Beatriz.
- BEATRIZ. Oh, vivas más que una suegra,  
cuando es rica y tiene yerno  
que desea que se muera.
- D. FERNANDO. Ahora me llevo á hablarla.  
¿Inés?
- D.<sup>a</sup> INÉS. Señor, ¿qué me ordenas?
- D. FERNANDO. ¿No dirás qué novedad  
ha irritado tu obediencia?  
¿De qué tan triste estos días,  
ó de airada ó de suspensa  
le trasladadas á los ojos  
las pasiones de la lengua?  
¿No es don Juan gran caballero?  
¿Por qué neciamente niegas  
á mi cuidado este amor,  
á mi fe esta diligencia?  
¿No quieres á don Juan?
- D.<sup>a</sup> INÉS. No.  
Y ya que entre tantas penas  
á lo secreto del alma  
rompió el recato la nema,  
no me he de casar con él;  
y porque la causa sepas,  
repara en este retrato

(Vase.)

si es justa mi inobediencia.

*(Dale un retrato, y miralo.)*

- D. FERNANDO. ¿Qué tiene?
- D.<sup>a</sup> INÉS. Que no es posible,  
aunque tú me lo encarezcas,  
que sea hombre principal  
un hombre de esta manera.  
¿Esta es cara de hombre noble?  
¿Puede tener sangre buena  
quien tiene este talle? ¿Este arte,  
es arte de hombre de prendas?
- D. FERNANDO. Pues dí, ¿quién ha conocido  
por el rostro la nobleza?  
¿Dice el talle calidades?  
Las obras son las que enseñan  
la buena sangre; el valor  
es la más hermosa muestra.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Sí, pero la buena sangre,  
aunque se oculte en las venas,  
puede hacer que las facciones  
participen de su influencia.  
Bien así como el cristal  
que es la sangre de la tierra,  
que cuanto más puro y limpio  
en sus entrañas se hospeda,  
tanto más la tierra misma,  
que es más noble la demuestra.
- D. FERNANDO. No sofistica procures  
convencer con experiencias  
verdades que en su valor  
seguras experimentan.  
Tú has de casarte con él  
aunque...
- D.<sup>a</sup> INÉS. Suspende la lengua,  
porque mi albedrío es mío,  
y no es justicia que quieras  
sujetarme, por ser padre,  
lo que aun Dios no me sujeta.
- D. FERNANDO. Advierte, Inés, que don Juan,  
aunque es pobre, ahora espera



- heredar de un tío anciano  
dos mil ducados de renta.  
D.<sup>a</sup> INÉS. Antes si tiene don Juan  
parte por donde le quiera  
es por ser pobre, que amor  
no se paga con riquezas ;  
si yo hubiera de elegir  
uno en dos hombres, y fuera  
uno rico y otro pobre,  
y fueran de iguales prendas,  
porque me quisiera más  
al que es más pobre eligiera.
- D. FERNANDO. Mira, Inés, yo no te pido  
que te cases.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Pues qué intentas ?
- D. FERNANDO. Que veas sólo á don Juan,  
porque puede ser que sea  
mucho mejor la persona  
que la pintura.
- D.<sup>a</sup> INÉS. No creas  
que falten á la malicia  
las antiguas experiencias ;  
porque el más recto pincel  
es el que más lisonjea,  
que como ya el interés  
lisonja y pinturas premia,  
se han hecho de un mismo modo  
los pinceles y las lenguas ;  
pero por obedecerte,  
y porque no te parezca  
que es mi desdén por impulso  
ni mi enojo por estrella,  
yo esforzaré mi deseo  
á quererle cuanto pueda ;  
venga don Juan á mis ojos,  
que porque bien me parezca,  
á mis motivos presumo  
reconvenir con violencias ;  
y porque quiero también,  
que aborreciéndole veas

- que por su amor contra el mío  
haga la mayor fineza.  
Sale DOÑA ANA.  
¿ Pero quién se ha entrado aquí ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Una mujer es, que intenta  
hablar con vos, don Fernando.
- D. FERNANDO. ¿ Á solas ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Sí.
- D. FERNANDO. Vete afuera.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Ya te obedezco. (Vase.)
- D. FERNANDO. ¿ Quién sois ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Una infelice, que espera  
vuestro amparo.
- D. FERNANDO. Descubríos.
- D.<sup>a</sup> ANA. Aunque mi propia vergüenza  
me aconseja que me oculte,  
mi honor también me aconseja  
que os hable más mi semblante  
de lo que os dirá mi pena. (Descúbrese.)
- D. FERNANDO. ¿ Qué es vuestro mal ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Un agravio.
- D. FERNANDO. ¿ Quién le ha causado ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Mi estrella.
- D. FERNANDO. ¿ Y después ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Un hombre aleve.
- D. FERNANDO. Y puesto que yo le sepa,  
¿ lo puedo yo remediar ?
- D.<sup>a</sup> ANA. A eso vengo.
- D. FERNANDO. ¿ Dí, qué intentas ?
- D.<sup>a</sup> ANA. Oye mi mal.
- D. FERNANDO. Ya le espero.
- D.<sup>a</sup> ANA. Pues óyeme atento.
- D. FERNANDO. Empieza.
- D.<sup>a</sup> ANA. Es mi nombre doña Ana de Alvarado,  
Burgos mi patria : Burgos, que ha intentado  
con sus agujas y sus torres bellas  
competir con la luz de las estrellas :  
nací de sangre noble y valerosa,  
tan infeliz como si fuera hermosa ;  
crióme con recato y con cuidado



mi padre, don Alonso de Alvarado.  
 D. FERNANDO. Parad ahora, que el dolor mitigo :  
 el que nombráis fué mi mayor amigo,  
 y obligaciones grandes os confieso.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Á ampararme de vos vengo por eso,  
 que en vos tiene fundada mi esperanza  
 ó la satisfacción ó la venganza.  
 Viví tan sin amor, tan sin cariño,  
 que no temí las flechas del Dios niño,  
 pues me halló, cuando quiso darme enojos,  
 muy atento el sentido de los ojos ;  
 mas no hay quien á sus iras se resista  
 que no venga á quedar con menos vista :  
 en fin, rayó el amor con más violencia,  
 obró más, donde halló más resistencia.  
 Vi una tarde en el campo un forastero,  
 habló amante, creíle lisonjero,  
 creíle ; mas loaba mi hermosura,  
 que la lisonja tiene esa ventura.  
 Dejóle, despidióse, fuése luego,  
 inquietóseme todo mi sosiego,  
 y aunque estaban entonces divertidos  
 llamé á junta potencias y sentidos,  
 y porque amor ganase la victoria  
 la voluntad dispuso á la memoria :  
 obró el discurso torpe y poco atento,  
 la memoria engañó al entendimiento :  
 los ojos, si no ciegos, suspendidos  
 se dejaron guiar de los oídos.  
 Díle entrada en mi casa con recato,  
 ardió el amor, que le atizaba el trato ;  
 salimos á un jardín, él me rogaba,  
 yo lloré, sin saber por qué lloraba ;  
 consolóme, admití grata el consuelo,  
 y el temor le guardé para el recelo :  
 con pasiones procuro convencerle ;  
 dijo más, tuve gana de creerle,  
 y como fuentes, árboles y flores  
 apadrinan mejor al Dios de amores,  
 como la noche estaba tan oscura,

cuanto después lo ha estado mi ventura,  
 dándome una palabra incierta y vana  
 que el deseo creyó de buena gana,  
 sin rienda la pasión, que mi amor llama,  
 ya sin temor la nave de mi fama,  
 sin móvil este cielo de mis ojos,  
 ya sin fuerza este ardor de mis enojos,  
 me aparté de una fuente pura y fría,  
 que por vecina murmurar podía.  
 Y, al fin, señor ( ¡ oh si para tal mengua  
 la voz se deslizara de la lengua ! )  
 Y, al fin, señor ( ¡ oh si por más enojos  
 se saliera mi ofensa por los ojos ! ) ;  
 mas si digo que dijo que me amaba,  
 que amena soledad nos convidaba,  
 que porque mi desdicha me convenza  
 le dió sombra la noche á mi vergüenza,  
 que las flores mediaban mi cuidado,  
 ¿ qué te cuento, si ya te la he contado ?  
 Fuese por una suerte desdichada  
 en que fué mi fortuna interesada,  
 supo mi padre tan preciso agravio,  
 y el corazón se le negaba al labio :  
 enterneció los montes y los vientos,  
 murióse de llorar dos sentimientos ;  
 y, en fin, oculta de él, con tantos daños,  
 viendo que se pasaban cuatro años  
 en que por mitigar tantos enojos  
 regaba mi esperanza con mis ojos,  
 viendo mi honor perdido,  
 y juzgando que aquel que me ha ofendido,  
 en Madrid disimula su cuidado,  
 vine á Madrid, adonde no le he hallado,  
 porque de su traición he prevenido  
 que fingiéndome el nombre me ha mentido ;  
 pero aunque mi discurso intentó sabio  
 no verte, por callarte aqueste agravio,  
 hallo por mejor medio  
 buscar en tus consejos el remedio ;  
 y así, si la amistad del padre mío,